

MARCUSE, Herbert. *El fin de la utopía*, edición en castellano de Siglo XXI, México, 1968, 170 pp.

En la edición en castellano y bajo el rubro mencionado, se recojen cuatro tesis (conferencias) del autor, seguidas de las correspondientes refutaciones (no siempre antítesis) de profesores y estudiantes de Berlín, que se cierran con las conclusiones correspondientes del profesor Marcuse.

De las cuatro conferencias, hay dos de importancia clave: la primera, que rubrica el texto, y la tercera, titulada "Moral y Política en la Sociedad Opulenta". La mesa redonda de ésta, con intervenciones de los profesores alemanes de fama internacional como Löwenthal y Taubes, y de los estudiantes "disidentes" Dutschke y Lefevre, elevaron la problemática a la mayor altura posible. De las otras dos conferencias "El Problema de la Violencia en la Oposición" y "Vietnam: el Tercer Mundo y la Oposición a la Metrópoli", aunque menos conceptuales, filosóficas y metafísicas que las dos mencionadas, son excepcionalmente importantes, porque en ellas se recogen, con amplitud, las opiniones de los estudiantes, jóvenes y público en general. En estos pareceres vibra la eterna Europa, ya sea latina o vándala, manifestada en el nexo de la vida en común, de la participación en ella, a través de una rebeldía no siempre cerebral, ilógica e instintiva, en ocasiones, pero potente, plétórica de amor y consagración social. He aquí a Europa, lo que hace que en definitiva siga siendo lo que fue.

Reseñar a Marcuse, en este o en cualquiera de sus textos, conferencias, artículos y entrevistas de prensa, es difícil. No lo sería en tanto su teoría, que constituye una límpida y recta trayectoria sistemática, que se inicia en su primer gran texto: *Eros and Civilization; A Philosophical Inquiry into Freud*, grupo de conferencias dadas en 1950-51, publicadas en inglés en 1955, y diez años después, una editorial mexicana las publica en castellano. La dificultad consiste en que Marcuse, judío alemán, posee esa envidiable predisposición hacia el análisis conceptual, interrelacionado con su consecuencia típica de teoría amalgamada en beneficio de la profundidad, y en perjuicio de la fácil lectura.

Dejando a un lado el *Hombre unidimensional*, entre *Eros* y el *Fin de la utopía* hay la iniciación de una sistemática y su rica madurez. Nos estamos refiriendo a la primera conferencia. La tercera sobre moral y política se enlaza, más bien, creemos, con el *Hombre unidimensional*. En la presente reseña nos atenemos, por consiguiente, a *Eros*, y *Utopía*. Dejamos para mejor ocasión lo relativo a moral y política, ya que, además, en esta última las intervenciones de Löwenthal y Taubes, con su referencia a Weber, ameritan capítulo aparte.

¿Qué hay de nuevo en el *Fin de la utopía* para el sociólogo, o el simple lector, que hayan seguido de cerca las teorías marcussianas? Nada, o muy poco. A lo sumo, el autor acuciado por el estudiantado, principalmente, trató de actualizar las generalidades, a las situaciones concretas de Alemania, Latinoamérica, Norteamérica, Vietnam, el primero, segundo, y tercer mundo. Lo que queda del teórico Marcuse es la sugestiva inquietud que conduce al diálogo. Indica lo negativo de la sociedad

represiva que lo es en las múltiples manifestaciones de lo humano, individual y social: las inhibiciones, los tabúes, la autoridad, la pobreza, el bajo nivel económico de extensas capas humanas, el mito de la sociedad socialista y defiende con Löwenthal el eterno Derecho natural. Pero no es un anarquista, mantiene Marcuse el nexo con la auténtica tradición humanista de los eternos valores. Se proclama metafísico y rechaza, juntamente con Löwenthal, las estrechas posiciones del positivismo relativista y circunstancial. La lucha concreta contra situaciones particulares e imperantes no las minimiza, pues las relaciona con un profundo respeto al hombre, en su dignidad y grandeza. Así, el *Fin de la utopía* que caracteriza a la apremiante reestructuración social del presente, procede de que, objetiva y subjetivamente, han sido abolidas las condiciones de inmadurez de la sociedad represiva, oligárquica y autoritaria del pasado. Si algo queda en las manos de la teoría marcuseana, y el análisis minucioso da mucho, es un fino humanismo entresacado de su amor a la libertad y de su convencimiento en la grandeza, dignidad y posibilidades humanas. En Marcuse el hombre es, y vive en sociedad. El análisis de este ser y su vivencia, le preocupa en todo cuanto se le impida ser y vivir. El hombre libre y su tradición, es ética política. ¿O no sería más bien la simbiosis de política con la ética?

Pero Marcuse no es político, es sociólogo, filósofo y acepta que también es romántico. De aquí que su teoría se construya sobre lo negativo de la sociedad represiva del hombre. Nos dice lo que no debe ser, lo que tiene que desaparecer para que el hombre sea. Y cuando acuciado por Dutschke y por una breve, pero magnífica intervención de Margarita Brentano, se le pregunta la táctica a seguir y los objetivos inmediatos que perseguir, Marcuse defiende: las colectas monetarias en apoyo a Vietnam, el hombre y la moral que está creando el tercer mundo, la ayuda a las minorías nacionales portorriqueñas, a las poblaciones subyugadas por las potencias soviética y norteamericana por intervención "del poder, contrario a derecho" (página 118). Aclara que en la sociedad socialista soviética, las cosas son como son, por una razón elemental: porque se trata de una sociedad que no es socialista. Y defiende la causa del pueblo de Israel, pese a dudas y reservas que expone (en una de sus últimas intervenciones) y puesto que rechaza el derecho de las minorías a triunfar mediante la violencia ilegítima, cruel e innecesaria.

En la tercera conferencia, o discusión de cátedra, que Marcuse mantuvo con profesores y alumnos de la Universidad de Berlín, en 1967, se presentan problemas de fondo que afectan a la teoría marxista.

Se abre el tema con la intervención del profesor Taubes (página 93) con una referencia a Max Weber, quien trató de separar y diferenciar la ética de la política. En la misma línea se sitúa Marcuse, quien ensalza la libertad con su apología de la ruptura de la historia frente a la continuidad, la negación, frente a lo positivo y lo diferente, mejor que el progreso. ¿De dónde surgen los valores morales?, se pregunta el profesor Löwenthal. Coincide con Marcuse al aseverar que el sistema axiológico, como un todo, se presenta en la política exterior del Estado. Pero, a diferencia de Marcuse, no acepta que la historia universal sea desviación, siendo necesario, además, el conocimiento de los supuestos sociales internos en un momento determinado. Durante milenios "miseria y necesidad, inseguridad, enfermedad y muerte prematura han constituido el destino normal de la humanidad". Gracias a la tecnología moderna estos males comienzan a ser dominados, pero el ansia de destrucción que caracteriza a muchos teóricos del presente no alcanza a Marcuse. Sin embargo, la sociedad capitalista contemporánea presenta, junto a la cara desagra-

dable, otra agradable, aunque no es misión de Marcuse el resaltar lo positivo de los sistemas y teorías, sino lo negativo, precisamente para mostrar el mal, pero sin recetas. Reconoce Marcuse ser, en efecto, romántico, pero no así positivista, puesto que de los hechos particulares obtiene el mencionado sociólogo "un concepto del conjunto" (página 113).

Para el profesor Löwenthal, las alianzas exteriores y políticas entre los Estados de occidente se realizan, más que por objetivos generales, por la defensa de intereses casuales. En efecto, unos y otros establecen alianzas circunstanciales con miras a reducir el poder de quien, en un momento determinado, constituye una grave amenaza del *statu quo* de los Estados del primer mundo. Pero hay un Derecho natural de oposición y enfrentamiento a la opresión. Gracias a él la clase trabajadora europea ha obtenido grandes mejoras, pues de acuerdo con Marcuse diferencia, Löwenthal, la violencia que denomina legítima de cualquier clase de otra violencia recusable. Pero no es posible vivir socialmente sin el acato de la autoridad; y aquí, ensalza Löwenthal el conocido pensamiento de Lenin de que canalizada la sociedad por una estructura adecuada: "Cualquier cocinera podría administrar el Estado" (página 118). Las realidades de la técnica y de la sociedad industrial del presente proclaman el error de Dutschke, quien sostiene la posibilidad de obtener, en el presente, una sociedad libre, exenta de enajenación humana, lo que lleva a Marcuse a plantearse la pregunta de que si el derecho de resistencia es o no válido. Löwenthal lo supedita al enfrentamiento de la opresión contraria a Derecho. Lo primero que hay que saber, dice Marcuse, es quién decide lo que es esta opresión, puesto que "la mayoría sigue siendo una mayoría reaccionaria y uniformada", y sin duda alguna, la minoría acertada lucha por transformarse en mayoría.

Según Dutschke y Löwenthal, el segundo ya desde 1936, la desaparición del capitalismo se está produciendo por la aparición e intervención de una alta burguesía económica, que pasará a integrar la intelectualidad de la producción y que contribuirá a la supresión de la autoridad superflua; así, el profesor Löwenthal establece la diferencia entre las violencias legítimas y la resistencia ilegítima, manifestando que en los dos primeros casos la acción se dirige contra la opresión antijurídica. La violencia "es ilegítima cuando se emplea por la minoría para hacerse oír, para transformar minorías en mayorías, y procurar a las minorías un lugar frente a las mayorías. La oposición sistemática y la destrucción a ultranza provienen de un resentimiento que lleva a las minorías a luchar para salir de esta condición. Löwenthal, siguiendo aquel camino que en el siglo XIII proclamara, nada menos que el jefe de la escolástica, defiende el Derecho natural de la resistencia. Por ello, en la lucha de clases, el proletariado del siglo XIX inició el logro de grandes reivindicaciones, y los países coloniales de hoy se han emancipado del poder opresivo. Pero, Löwenthal y Marcuse coinciden cuando afirman que buscar el choque es irresponsable. "La experiencia histórica, dice, que hasta el presente, las revoluciones siempre han vuelto a producir un nuevo poder", dice Schwan (página 131). Y así, en la Unión Soviética, el consejo de obreros y campesinos, de base democrática, derivó hacia el stalinismo.

Ante una pregunta concreta sobre qué soluciones dar para el cambio de la estructura social, responde Marcuse que para él, la problemática se inicia en una negación, aun cuando toda negación implica afirmación. Y así, proclama Marcuse:

Queremos una sociedad en la que no haya guerras coloniales, en la que no haya necesidad de recurrir a guerras coloniales, en la que no haya necesidad de establecer dictaduras fascistas y en la que no haya ciudadanos de segunda y tercera clase.

Esto está formulado negativamente, pero, hay que ser un perfecto idiota para no ver que en la formulación negativa está ya contenido lo positivo (página 133).

Y termina Marcuse su intervención con una referencia valiosa que atañe a México, y que reza así:

Sin embargo, cuanto más las democracias existentes se vayan convirtiendo en democracias dirigidas, cuanto más se conviertan en democracias controladas que reduzcan los derechos, las libertades y las posibilidades, no de modo antijurídico, sino legalmente, tanto más habrán de acompañarse aquellas formas de la labor con una oposición extra parlamentarias. Las formas que esta oposición antiparlamentaria adopte a su vez, esto sólo puede decidirse, una vez más, en cada caso concreto.

Aurora ARNÁIZ AMIGO  
Directora del Seminario de Teoría  
General del Estado de la Facultad  
de Derecho de la UNAM